
Los Dioses de Reyless

Cuando aparecieron los primeros "Diálogos Olímpicos", de Carlos Reyless, la vidriera de Balder Moen hizo "la pila".

Vale decir que toda ella estaba llena de ejemplares de esta obra, en magnífica edición. Los mundanos paseantes de las once de la mañana, en Florida, se detenían brevemente:

—Reyless, el millonario. Lo ha retratado Zuloaga.

—Es uruguayo — agregaban los más informados.

Pero ninguno entraba en la librería, por la sencilla razón de que, generalmente, los gomosos no leen.

En cambio, por la tarde, en la ola que invade la calle, no faltaban compradores para el libro: porque ¿cómo no admirar en Carlos Reyless al autor, valiente y verídico de "La Raza de Caín" y de "El Terruño"?

APOLO, BALDER Y DIONISOS

Un día que fui a comprar algo de Chesterton dió la casualidad que hojeara el costoso volumen de los "Diálogos" en compañía de un joven cliente de la librería de Moen.

—¿Sabe Ud. que es magnífico?—me dijo haciéndose hacia un lado, como para que pudiéramos pasar juntos las hojas.

—Cierto—le respondí—es una regia edición. Además, los dibujos de López Naguil dan un realce brillantísimo al texto. Vea Ud. esa Pandora... ¿y dónde me deja ese Apolo ante los dioses? En el piso del Olimpo encuentro una verdadera originalidad. Las losas de mármol, blancas y negras, tienen un aspecto interesante.

—Ah, señor— me interrumpió el desconoci-

do—yo no puedo permitir que Ud. se exprese en esa forma. Ud ignora que esto ni siquiera es un *truc*. Ud no sabe que estos dibujos son un insulto al dibujo y a la pintura, y a cuantos nos dedicamos a estas artes. ¿Original López Naguil? Pero si esa Pandora es un plagio descarado; es la "Salomé" de Gustavo Moreau puesta de frente. Pero si ese piso que Ud. elogia por ironía...

—Permítame—le interrumpí con gravedad —no ha sido por ironía, ha sido por sencillez. No poseo fineza de talento como para ser irónico. He creído ver en las losas del afirmado algo que no es común. No sé cómo explicarme. Pero no me negará Ud. que esos rombos son curiosos cuando menos. Parecen y no parecen rombos. Tienen algo que pudiera llamarse la indecisión del rombo.

—Señor mío, la indecisión del rombo se debe a que está ignorada aquí la perspectiva: el piso, en el ángulo, allá junto al peristilo, podemos decir que está en calma; mirado aquí entre las piernas de Apolo parece que sube; más allá, al pie del trono de Zeus, se vuelca como una cascada. ¿Pero no percibe Ud—azregó irritado, mostrándome una pitonisa con la cabeza completamente echada para atrás— que si esta criatura llegase a enderezar la cabeza la barbilla marcaría la mitad de la distancia entre la cintura y la frente?...

Efectivamente, yo advertí que aquella mujer tenía una cabeza tan grande como la caja del cuerpo, y así se lo ilje a mi interlocutor, consiguiendo serenarlo.

—Veo que es Ud. capaz de comprender, señor—me dijo—pero, créame, es difícil explicar a quien no sea pintor los prestigios de este detestable dibujante. Sería necesario un curso de

perspectiva, otro de anatomía y otro de colorido. En cambio, para admirar a Reyles, basta leerlo. ¡Qué gran artista de la palabra, señor, qué filósofo profundo! y cómo dice sus verdades... Pero lea—me dijo tendiéndome el libro—lea Ud. ese apóstrofe que Reyles pone en boca de Juliano. "aquel a quien la vindicta del vencedor llama el Apóstata" como dice Rodó. Y como yo, algo aturdido, no compusiera el pecho, el joven pintor empezó:

Oh Apolo, ¿por qué me has mentido? Tú engañas y enseñas a mentir. Las veligas infladas que, a guisa de linternas, pusiste por todos los caminos del mundo, formaron innumerables generaciones de sofistas, charlatanes, ablandadores y bellas almas que, por darse pisto, apostrofaban a Pan mientras le chupan la sangre. Yo los detesto por bajunos, trapaceros y bobos. Esos idealistas de chicha y nabo me apestan. La vida es realidad y acción, no mentiroso y ensueño. ¿Quieres que reine en el Olimpo la majadería y el sonambulismo del mundo? ¿Quieres que volvamos al caos? Contempla aquel monte temeroso de la Tierra; allí encadenado purga Prometeo delitos semejantes a los que tú cometes. Cuida no te pase a tí lo mismo. Ofendes a Temis y al fin la cólera de Zeus estallará terrible.

—¿Qué estilo soberbio! ¡Esto es aticismo puro!, exclamó ebrio de entusiasmo por el sonoro período.

—Yo no soy pintor—adelanté tímidamente—pero, a lo que entiendo, no es muy ático que digamos ni el ablandabreves ni la chicha. En cuanto al nabo tampoco ofrece nada de particularmente griego. Apruebo, eso sí, que la vida es realidad y acción; nada de lo existente puede mantenerse en el mundo sin algún modo de acto. Hasta se santifica el nombre de Dios llamándole Acto o Actividad pura.

—Ah, pues yo prefiero los dioses a Dios, porque los dioses son bellos.

—Dios es la Belleza substancial.

—Señor, un pintor no tiene interés en conocer la belleza substancial ni la abstracta. Lo que importa es la forma, el color, la línea, el objeto concreto y hermoso en su aspecto plástico. Yo pienso como Rodó, que ha dicho en un "Diálogo de Bronce y Mármol": "El mundo se dará nuevos dioses. A la fe en la divinidad omnipotente e infinita sucederá otra vez la fe en las divinidades parciales". Sí, Dios se va muriendo, y, de su cadáver inmenso, salen dioses con formas determinadas. Cristo pronto será universalmente considerado como un dios más. Ya Reyles anuncia el segundo de

sus diálogos olímpicos entre Cristo y Mammón. Los dioses...

—¿No está el mío entre los interlocutores? —interrumpió acarándose el librero.

—¿Y cuál es el suyo? — le preguntamos a un alborozado con la noticia de que Moen tuviera un dios.

—Pues Balder, ¿no me llamo Balder Moen? Balder es el dios de la juventud y del amor. En la mitología escandinava, se entiende, porque yo soy danés.

—Oh, señor Moen — exclamé con inocente espontaneidad—y yo que lo creía a Ud. judío! En fin, perdóneme sus precios... como soy antiguo cliente suyo... ¡Qué inadvertencia!

—Judío es el dios que dialogará con Mammón en el Olimpo luminoso de la Hélade—dijo el pintor marcando los acentos — pero yo me retiro. Buenas noches, caballeros...

Y lo vi alejarse, perdido en el gentío de la calle.

CRISTO Y MAMMON

Los dioses continúan dialogando Zeus preside, enfático y majestuoso. Lo rodean Apolo, Dionisios, Irene, Pandora; andan por ahí también Ganimedes, Hefesto y los otros. Ha llegado asimismo el incomparable Mammón.

"Vestido al gusto moderno, según su carácter actual y mundano... Usa monóculo—dice Reyles—y lleva entre los dientes con desgarró no exento de gracia, un soberbio puro".

El lápiz de López Neguil, es, az de tantas cosas, retrocedido ante esa figura de Mammón creada por Reyles. Difícil es imaginaria con semejante traza en la asamblea de los dioses clásicos. Pero es más difícil, si cabe, imaginar el extremo de vacilación y sandez en que ha venido a parar el carácter de Cristo, pasando por el cerebro de nuestro escritor.

"Llegó el Nazareno—dice—con las flacas manos cruzadas sobre el hundido pecho.

"No caminaba, se deslizaba más bien como una sombra. Su aspecto acabado y cogitabundo que acusaba mortal fatiga e infinita pena, hizo hinchar de compasión el duro corazón de los inmortales... Jesús todo era humildad, mansedumbre y resignada tristeza."

Zeus lo apostrofa energicamente enderezándole algunas razones científicas:

"Jesús, Jesús, sospechas los terribles castigos que podrán hacerte los que, sin miedo ni preveniciones, estudian tu obra a la luz fría de la razón?"

Jesús empieza a hablar entonces "en medio de la ansiosa expectativa de los dioses" que, (no debemos olvidarlo), tienen el corazón "hinchado" de piedad.

"Soy inocente. Prediqué y practiqué lo que creí el bien: mas, para qué negarlo? Dudo de mi obra. Quizá no ví todos los aspectos de la verdad. Quizá por amor de la justicia fui injusto; acaso por exceso de piedad fui cruel; acaso juzgué mal lo que no comprendía bien".

Y más adelante:

Si el reino de Dios no se realizó cuando yo creí, quién puede dudar que se va realizando, aunque tal vez por otros caminos de los que yo imaginé? Si yo no aparecí... quién afirma que a la hora de la muerte... Quién niega que el justo... Quién duda que el perverso... etc., etc.

Este Jesús de Reyles se expresa, en el primer párrafo, como cualquiera de nosotros, hombres ignorantes, que envolvemos nuestros balbuceos en "las mantillas del lenguaje"; tal vez, acaso, puede ser, ¿quién duda?, quizá, yo creí, ¿qué sé yo?

Por suerte a medida que adelanta se entona un poquito y coordina mejor:

"Si todo retorna al seno materno de donde salió para continuar otro género de existencia; si la materia y la energía son indestructibles, según aseveran los sabios, cómo habría de ser mortal el alma y no volver un día, como aquéllas a su patria celeste? Si lo que llaman la ley de permanencia es un hecho incontestable; si todo se transforma y nada se pierde... cómo había de perderse por excepción caprichosa la fuerza consciente? Y si ésta tampoco se pierde, a dónde va? Y si a alguna parte va, etc., etc."

Si todo retorna, si la materia, si lo que llaman, si todo se transforma, y si nada se pierde, y si algo va, y si a alguna parte va... Decididamente, oh dioses, hay mucha virtud en un "sí" condicional. Lo dijo Shakespeare.

El discurso de Jesús continúa. Afirma, el muy desmemoriado, que no proclamó la verdad en el mundo, sino la esperanza. Cuenta unas afinidades fantásticas con los otros dioses. Desconfía tímidamente, muy tímidamente, no del valor, sino de la extensión de la Ciencia. Reviere los milagros con que empezó a transformarse el mundo después de su venida. Y éstos

los ha leído en la "Leyenda de Oro", creo yo, porque en esa parte recuerda sensiblemente a Voragine. Y, en fin, acaba los inofensivos relatos con estas palabras:

"Las legiones infernales hufan despavoridas ante el signo de la Cruz. En ella había expirado yo para resucitar luego, por obra y gracia del amor, en todos los corazones amantes y hacer de cada uno de ellos una fortaleza inexpugnable de la fe. He ahí mi verdadera y carnal resurrección".

Sí, hela ahí en Augusto Comte.

Porque esta resurrección, que luego explana, es la idea positivista de la inmortalidad subjetiva. Jesús sigue la melopea como a pujos, hasta agotarse, explicando, con bastante simplicidad, cómo sus fieles fueron vencidos por Mammón.

El dios áureo lo escucha fumando. Luego levanta los cargos, que no son muy pesados (hechos al fin por un dios de cortos alcances). Mammón expone en un largo discurso las energías secretas del oro. Hace afirmaciones de fuerza, por ejemplo:

"La roca dura del alma es la absoluta utilidad. El hombre no es un animal metafísico, sino económico".

Y no sólo es afirmativo, sino también observador, y agudo.

Dice que sería curioso recordar los extremos a que llegaron "los estagiritas" de los primeros siglos cristianos. (Deben andar los tales "extremos" en las obras de Aristóteles, ¿el "estilista"?)

Pregunta como si no hubiera leído a Baudelaire, si Satanás no es el más bello de los arcángeles. Y luego ameniza el discurso con un elogio del Malo, muy original por cierto.

Al fin remata examinando la guerra europea. Aplica su filosofía al caso concreto de la catástrofe, y esto le permite decir muchas cosas. Voy a citar una sola, al azar:

"Se trata, en fin de cuentas, de un problema económico, del que pende la riqueza, y, por lo tanto, la cultura y la conciencia del mundo".

Ya véis: la riqueza pende de un problema económico, y... la conjunción da una zancada bastante formidable para subordinar, a este problema, la cultura y la conciencia del mun-

do. Es una hazaña del Príncipe Rubio ese "por lo tanto". Seguro estoy que lo encontró después de "gravitar sobre sí".

Pero no es la única: gasta muchas para afligir a Cristo y pasmar al Olimpo. Profiere sus paradojas con un gesto inmenso, y luego "se tira los puños de la camisa con despreocupado y elegante ademán, dice Reyless, y pasea por el auditorio una desdeñosa mirada".

¡Ay esa desdeñosa mirada de Mammón! Cómo domina, subyuga y avasalla a los dioses. Sí, a los dioses, porque a los hombres ningún efecto nos causa. Nos sentimos seguros; sabemos que Mammón es incapaz de desarrollar con un poco de lógica sus afirmaciones sibilinas. Su filosofía contiene demasiada hojarasca, quiero decir, metáforas: tan pronto el pensamiento las traduce, el crítico se encuentra con que debe operar en el vacío. Es imposible.

Mammón dice a Cristo:—soy filósofo. Pero en el discurso no pasa de algunas incoherencias. Sus paradojas son demasiado fáciles y de mecanismo visible: ahora reposan sobre una imagen, ahora sobre distintas acepciones de una misma palabra. Su afán por las antítesis lo lleva casi siempre al retruécano. Este dios del oro tiene "empaque soberbio" y porte altanero, como un buen millonario. Pero no ve claro en las cosas ni en sí mismo, a pesar del monóculo.

Sin embargo, cuando terminó de fumar, de hablar y de pasear la desdeñosa mirada, "hubo un largo silencio". "Jesús parecía absorto en profundas meditaciones". De pronto dijo con dulce y conmovido acento: "Hermano Mammón, veo que te juzgué mal y humildemente te pido perdón". Y como se le adelantara la moderna divinidad, le tendió los brazos. Y se abrazaron.

"... el gozo hinchó el ancho tórax de los dioses, dice Reyless, como el gas el desinflado globo, luego presto a ascender y perderse en las radiosas nubes. La lira de Apolo, la flauta de Dionisos y las cítaras celestes llenaron el palacio azul de inefables melodías. Las Gracias y las Horas, con arte supremo y encanto infinito, danzaban alrededor de Cristo y de Mammón, mientras Irene y Pandora derramaban sobre ellos una perfumada lluvia de rosas, y Hefafsto con su martillo, Poseidón con su tridente, Hermés con su caduceo, Ares con su espada, Pallas con su lanza de oro y Artemis con su arco de plata marcaban cadenciosamente el compás".

Esta escena recuerda, no sé por qué, aquella

del patio de Monipodio, en Cervantes. Otros, discípulos de Taine, ven aquí una influencia del medio, y creen que está inspirada en el Carnaval de Montevideo. En los tablados, dicen, cada comparsa o máscara suelta acompañada así, con su atributo, lanza, tirso o cabo de escoba.

—Pero, señores—respondo—aquello es oño y cómico, y esto es serio y solemne, esto debe ser sublime.

—Es sublime con exceso, precisamente de lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso. ¿Quién le asegura a Ud. que el autor no apuntó aquí a lo sublime, pero con demasiada fuerza? Pegó un paso más allá; eso es todo.

—Talvez.

Lo cierto es que después del momento patético (a Zeus le corrieron lágrimas contemplando la escena) los dioses se sienten jueces. Por riguroso turno va cada uno soltando un párrafo para condenar a Germania. Detallan también las penas que merece: "que le limen las uñas y los dientes... que le pongan en la boca una buena dosis de sal greco-latina, etc." Y aquí estriba la diferencia entre los "Diálogos Olímpicos" y "La Muerte del Cisne". Porque conviene decirlo: en este libro están, puestas en lenguaje directo, las ideas y hasta las imágenes y giros de "La Muerte del Cisne".

Aquella obra de "divagaciones"—como la llamó su autor con rara exactitud—se divide en tres partes. La primera es "La Ideología de la Fuerza", y ha pasado íntegra en el diálogo entre Apolo y Dionisos. La segunda es "La Metafísica del Oro", que viene repartida ahora entre Mammón y Cristo. La tercera es "La Flor Latina" probablemente repetida en el último diálogo entre Pallas y Afrodita.

La diferencia, pues, entre ambas obras de Reyless consiste en que, "La Muerte del Cisne" termina con una elegía horada sobre el crepúsculo de Francia, *finis Galliae!* Mientras los diálogos concluyen con un anatema, más grosero que severo, contra la ruda Germania.

Jesús se explica a su vez, como era de razón, en contra de la bárbara Kultur. Su sentencia es insignificante, como su persona, y puede ser recitada por cualquiera de los dioses. Sólo encuentro en este párrafo algo personal. Com-

pleta lo incoloro de su fisonomía porque es aquí donde abdica:

... "Cuando digo "el reino de los cielos está dentro de vosotros", nadie me oye; creyentes y ateos hacen oídos de mercader, y volviéndome las espaldas corren desatentados tras los bienes reales, los más falaces de todos... Por otra parte, la sociedad de pobres y santos, el ideal casto y parvo que creí el único eficiente para que reinase en el mundo el amor y la dicha, resulta hoy menos viable que ayer. Urge buscar otros caminos de perfección Mammón afirma y con muy válidas razones, que la pobreza no es santidad, sino miseria, y la santidad no virtud, sino peca-

do, en el mundo donde el principal deber es acaparar y producir, y cree que la comunión de los hombres no la realizarán el amor y el desinterés, sino el egoísmo y los intereses. Puede que sí, estoy por creerlo".

¡No en vano hinchó el corazón de los inmortales este pobre Cristo de Reyless!

D I M A S A N T U N A

Buenos Aires



Dibujo de Hugo Castellanos